

## Las Palmas

Nicolás Montes Cárdenes, 71 años

Claudia Jiménez Cecilio, 19 años

### DEL CARRETÓN A LA VIDA

Con el rostro marcado por el tiempo, pero con una mirada profunda y nostálgica a la vez, Nicolás comenzó a relatarme su historia. Con voz pausada y entrecortada por la emoción, recordaba su niñez.

Sus ojos cobraron un brillo especial cuando hablaba del lugar donde se crió y de su calle Ripoche, en la isla de Gran Canaria, aunque él, realmente nació en Valencia, la tierra natal de su padre y por la que aún siente una especial atracción. Nicolás vivía lo que relataba, y al mismo tiempo, me llevaba con él.

Como cada mañana, Lacho, como cariñosamente le decían en casa, subía con su madre a la vaquería de Benjamín, situada en la calle Bernardo de la Torre. El día se presentaba plomizo y el alisio soplabla suavemente confundiendo en el aromas de algas y sebadales, a la vez, que un olor a establo le abría el apetito. Estaba ansioso por llegar, para saborear la escudilla de leche espumosa con gofio que le esperaba.

Mientras andaban, su madre le contaba viejas historias del lugar y le decía que tomando leche con gofio crecería sano y robusto. Escuchaba a su madre con más o menos interés, ya que le divertía mucho más darle pataditas a las piedras del camino. Llegando a la vaquería, la mala fortuna hizo que Nicolás resbalara, quedando tendido en el suelo, inmóvil. ¡Maldita cáscara de plátano!

A partir de este momento, su vida cambió por completo. Con sólo tres años y numerosas operaciones quedó postrado en un pequeño carretón. Sumido en una profunda depresión, los días le parecían eternos. A través de la puerta de su casa, veía a los otros niños corretear por la callejuela, ¡como gritaban de alegría y entusiasmo! Y él no podía moverse. Pasaban las estaciones, aquellas mañanas de primavera, diáfanas, llenas de sol que invadían su pequeña estancia, la fragancia a geranios recién regados; las tardes grises y frías de otoño; la lluvia tenue, casi imperceptible que duraba varios días, las palmeras, azotadas por el viento, tenían un sonido muy particular, que ya jamás olvidaría, como el sonido de las caracolas, que le sumergía en un mar de olas y espuma y le impregnaba de un intenso olor a sal. Pero lo que a Nicolás le molestaba de verdad, eran sus vecinos, que al pasar por su puerta, se compadecían de él: ¡pobrecito, tan pequeñito y que no pueda jugar! Hasta tal punto le enfurecía, que pidió a su madre que le llevara a una habitación interior. Ella comprendía su dolor, pero no podía hacer eso, aislarle por completo de su reducido contacto con el exterior. Entonces se le ocurrió cerrar una hoja de la puerta, que desde fuera, casi no se le viese, pero en cambio, él viera el exterior.

Casi todas las tardes, venía a visitarle María, una vecina mayor, amiga de su madre. Le hacía compañía hasta muy tarde, poniéndole al corriente de todo lo acontecido ese día en el barrio. Había un sentimiento muy especial hacia aquella mujer, quizás ella percibiera algo en su mirada, pues sus visitas pasaron a ser esporádicas.

Sus ganas de sentir el exterior, la textura de la arena sobre sus pies, le dieron el aliciente para empezar su propia rehabilitación: Temblorosos pasos con una muleta de madera al principio, también a cuatro patas y ayudado por, su madre y su hermana, que le cogían por las axilas.

A partir de este momento, con 11 años se dio cuenta de que la vida no acababa ahí; a estar postrado en un carretón el resto de su vida. Ya no temía a la oscuridad, pues detrás de los soles vienen siempre las lunas. Fuera le esperaba un mundo por descubrir; nuevas gentes, nuevos lugares. No quería seguir escondido, prefería vivir su vida con ilusión, con inquietudes, con emociones, no sólo viéndola pasar, como había hecho hasta ahora.

Se inició en la natación, deporte con el que siempre soñó. Cada día, muy temprano, con la constancia e ilusión de un superviviente, Nicolás acudía a las piscinas del Julio Navarro. Nada importaba la severa cojera de su pierna derecha.



Cierto día, un entrenador que le observaba, le dijo que tenía muchas posibilidades de sobresalir si mejoraba su técnica. Esto a Nicolás le hizo mucha ilusión, esforzándose más cada día en sus entrenamientos con un increíble afán de superación, tal y como había hecho en los momentos más duros de su vida. Tal fue su superación, que lo demostraba en cada una de sus competiciones a nivel insular. Fue seleccionado para el campeonato de España que por aquel entonces se celebraba en Valencia; con tal mala fortuna que una breve enfermedad se lo impidió.

Sintió una profunda tristeza pero lejos de deprimirse, la vida le había enseñado que había que seguir con el mismo anhelo del primer día.

Sus secuelas no le impidieron divertirse, disfrutar de las tardes de cine acompañado de las novias que por aquel entonces tenía, además de los largos paseos que daba por la Playa de las Canteras, descalzo sintiendo la humedad de la arena, contemplando las increíbles puestas de sol.

En estos momentos de su vida, la natación pasó a ser sólo un hobby, ya que por aquellos tiempos tan difíciles había que aportar dinero en casa. Sus oficios fueron varios: freganchín y camarero en un bar; y carpintero en diversas carpinterías de la capital, labor que desempeñó durante varios años de su vida.

Una tarde, encontrándose Nicolás en el interior de la Iglesia de la Luz, observó a una muchacha sentada en el primer banco, se miraron y sobraron las palabras. A partir de entonces, comenzaría una preciosa amistad entre ellos que luego pasó a ser un idílico romance que perduraría a través de los años.

Siendo aún novios, Mela, que así se llamaba ella, le confesó que había renunciado a su vocación de monja para estar junto a él. De ésta relación nacieron sus tres hijos, a los que adora y que le han dado seis nietos maravillosos que son su ilusión; con ellos pasa momentos felices y los cuida con la paciencia y ternura que sólo tienen los abuelos.

La historia de Nicolás es una historia de superación personal, una historia de sentimientos, simple, sencilla y diferente, porque es su propia historia, una historia narrada desde el corazón.

Actualmente, con el entusiasmo de un niño, Nicolás acude cada mañana a un centro de día, en éste comparte momentos increíbles con sus compañeros; ejercita sus manos con las manualidades que allí se realizan y su mente y espíritu, escuchando lo que cuentan los demás, y con certeza, contándoles su propia historia.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Nicolás no cambiaría por nada del mundo su vida de permanente lucha, de coraje y sacrificio, de constancia; incluso en sus peores momentos, pues de estos ha aprendido a valorar y vivir con intensidad cada instante. Como bien dice; no importa caerse, lo realmente importante es levantarse. Mucho sabe él de esto, pues en su mente están los duros momentos del carretón.

No son sus amigas la lástima y la compasión, pues lejos de ayudar, te hunden hasta los fondos más insospechados de la autoestima humana. Así mismo, piensa que los problemas físicos no han de ser siempre una barrera para poder alcanzar metas y objetivos que cada uno se proponga. Si no puedes hacer esto, quizás puedas hacer aquello. Y con tu imaginación puedes llegar aún más lejos. Estar vivo y tener ilusión es lo que importa.

Hay en sus palabras una gran coherencia y un matiz de inocencia, que ya nunca perderá. Nicolás respira positividad por todos y cada uno de los poros de su piel, la contagia junto con una desbordante alegría. Tiene una sabia filosofía de vida.